

“Coatlícue” por Elena Poniatowska

Sobre la autora: Lean la introducción en el libro de texto sobre Elena Poniatowska, su obra y su importancia. Este cuento viene de una colección de cuentos que se llama *Tlapalería* (2003).

Contexto histórico-cultural: Recuerden lo que comentamos en clase sobre el mito de la diosa azteca Coatlicue. Es la diosa más poderosa de los aztecas, la diosa de la tierra, la gran madre pero también la gran destructora. Es decir, tiene poder sobre la vida y la muerte. Se presenta típicamente con una falda de serpientes.

Es la madre de Huitzilopochtli, el dios del sol y de la guerra y el más importante de los dioses aztecas. Como comentamos en clase, Coatlicue se embarazó mientras barría un templo y se le cayó encima una bola de plumas verdes. Cuando lo supieron sus cientos de hijos (las estrellas), sintieron celos y la hija, Coyolxauqui (la luna), intentó matar a su madre pero su hijo no-nacido, Huitzilopochtli, salió de su vientre y mató a sus hermanos para defender a su madre.

La famosa estatua de Coatlicue: La imagen que tenemos de Coatlicue viene de una estatua que se encontró cerca del zócalo de la Ciudad de México y donde se encontró la piedra del sol, que ahora conocemos como el calendario azteca. La estatua de Coatlicue fue descubierta en el año 1790.

Después del descubrimiento, pusieron la estatua en un patio público pero pasó algo inesperado para los españoles: La gente indígena empezó a venerarla. Lo ocurrido les preocupó a los españoles porque la práctica de religión indígena había casi desaparecido por la evangelización. Volvieron a esconder la estatua en bajo tierra por la noche a escondidas donde permaneció por varias décadas.

En el 16 de septiembre de 1887 la pusieron en la sala de monolitos para conmemorar la Independencia. Hoy en día se encuentra en el Museo Nacional en el DF.



Foto por M. Onofrio, 2010.

Dos recursos con imágenes y explicaciones de Coatlicue y sus estatua:
http://www.smith.edu/vistas/vistas_web/gallery/detail/coatlicue_det.htm#
<http://www.bigbangmex.unam.mx/bigbangmex/visita/SalaCoatlicue.htm>

Aunque no he vuelto a encontrar a alguien o a algo que sustituya esa turbación nocturna en la que la abuela me inició sin saberlo, una sola tarde creí que se repetiría el ritual incitante y misterioso cuando un amante me dijo: "Pareces pulga".

Desde que mi abuela murió no ha vuelto a picarme pulga alguna, pero colecciono pulgas vestidas en recuerdo de esa mujer blanca con un puntito negro que le chupaba la sangre y que yo amé con toda la fuerza de mis dieciséis años. Me hizo descubrir una sensualidad que el Marqués de Sade habría incluido en alguno de sus tratados de la virtud.

Coatlicue



—En vez de tirar los gusanos, esa mujer los amontona en una lata y les habla —Miguelina señaló a la jardinera—. Qué asco éno, señora?, una lata de gusanos.

—¿Para qué los quiere? No se comen.

—Lo mismo le pregunté y me respondió de mal modo que a lo mejor se hace una falda.

Lo primero que vi fueron sus encías rojísimas, como anchas rebanadas de sandía. Pensé: "Tiene boca de mandril", pero cuando me avisó: "Soy la nueva jardinera ¿me deja guardar aquí mi escoba y mi podadora?" sus ojos pesaron en los míos y le dije que sí. ¿Por qué pensaría en mí antes que en los demás vecinos? Nunca lo he sabido y ahora es demasiado tarde para averiguarlo.

Ella y sus instrumentos entraban y salían de mi casa. Miguelina le ofreció un café, la jardinera lo llevó a la calle y devolvió el pocillo. Semanas después, Miguelina le dijo que pasara a tomárselo: "Un descansito no le viene mal, usted no para en toda la mañana". En la mesa de la cocina, al verla inclinada sobre el café negro, sus encías me parecieron aún más desagradables. Pero Miguelina, recién llegada del pueblo, necesitaba compañía. Yo era la señora, la patrona, en cambio la Coatlicue podía ser la confidente, quizá la cómplice.

Ya entraba a la casa con risueña confianza y a mí me parecía oír el lamento de lejanas chirimías. Afuera, barría el jardín del mundo, arrasaba con la basura y con los brotes tiernos, las flores poco firmes. Para ella nada era estable, todo se movía, incluso lo pasado. Yo, que guardo en una caja los pétalos muertos de las rosas y pongo un ramito de lavanda entre las sábanas, miraba sus podas y barridas tras el vidrio de la ventana.

Como mi casa es pequeña, la agrando con espejos. La jar-

dinera se encandiló con ellos aunque la reflejaban precisamente a ella. Más que su rostro o su cuerpo, el espejo proyectaba su desasosiego, una inquietud casi dolorosa. "O está enferma o quizá loca", pensé. Miguelina, hipnotizada, le regaló los aretes que yo le había dado. El brillo del oro pareció cambiarla; hasta su uniforme anaranjado dejó de ser burdo para volverla a ella de oro rojo. Estoy segura de que esa entrega al espejo la resarcía de la sordidez del cuarto alquilado en el que vivía, criadero de ratas y alacranes, el retrete compartido, el fragmento de espejo roto recargado en la pared, el clavo que no detiene nada, las latas de Mobil Oil, la palangana desportillada, los jirones de vida allí atorados como jergas ya inservibles.

A veces la jardinera encontraba cosas en el parque, a poca profundidad, y en agradecimiento me las traía. Ya no se diga huesos de perro o de gato sino cucharas, e incluso una vez una batidora eléctrica en buen estado. "Voy a enrasar la tierra para que el pasto crezca parejito", advertía. A mí me asombraba su afán por nivelar. "Si no, entre chipotes y hoyancos los rosales no se dan." Yo era más modesta y por mi gusto habría sembrado chinitos o maravillas, pero ella quería rosales. Le expliqué que preferiría flores más sencillas. Me miró con franco desprecio. "¿Por qué? Todos los vecinos de esta plaza pueden darse el lujo de unos rosales. Los chinitos déjmelos a mí."

Alguna tarde, la Coatlicue vino a decirme que tres de sus compañeros barrenderos del Centro Histórico hallaron una piedra de gran formato, anterior a la Conquista, y el regente ordenó enviarla a la Universidad, para que fuera medida y pesada con el propósito de darla a conocer. "Se trata de una diosa descuartizada, los puros tronquitos de las piernas y unos bracitos apenitas; su hermano la dejó así pero la van a componer", me explicó de bulto.

Miguelina iba dejando caer informes sobre la Coatlicue. "Renta un cuartito en Iztapalapa", "ya sus hijos están grandes y se casaron, son muchos, como cuatrocientos", "cobra por quincena, ¿usted no podría pagarme por quincena tam-

bién?", "es buena gente, me prestó cien pesos", "¿y cuándo piensas pagarle?", "dice Cuatli que no corre prisa". ¿Tanto ganaría una jardinera del Departamento del Distrito Federal? "Va a hacer un mole de olla, el domingo, por eso no voy a ir a mi casa." "Miguelina, tu mamá te espera, está enferma." "Cuatli dice que mi jefa se va a poner buena, no hay pedo." "¿No hay qué?" "Bronca, pedo, tos, problema pues..."

Una mañana las vi salir abrazadas y sentí envidia de Miguelina. ¿De dónde sacaba imperio esa mujer grotesca? Al día siguiente encontré repleto mi bote de basura y Miguelina explicó:

-Es de Cuatli, se la voy a tirar mañana.

-¿Por qué no la tiró ella?

-Voy a hacerle el favor, al cabo que nosotras sacamos re poquita.

En la despensa también vi comestibles nuevos:

-Se los estoy guardando para cuando se los pueda llevar a su casa.

-¿Ah sí? ¿No le estarás planchando su ropa también? -ironicé.

-No, pero ayer se la lavé.

En la mañana fui yo quien salió a abrir la puerta cuando sonó el timbre. Era ella, quien de inmediato enseñó sus encías escarlatas.

-Oiga Coatlicue -quise decirle...

-Gracias por todas sus bondades, señora -me atajó-, qué bueno que hace usted algo por los de abajo.

Se adelantó hacia mí y me di cuenta que yo también había ido hacia ella impulsada por un magnetismo irresistible. En unos cuantos segundos sentí que me besaba el pelo y la frente y se habría seguido hasta mi hombro si la dejo. Su aliento en mi cuello me excitó. Qué experiencia tan misteriosa, qué sorprendente mi propia naturaleza. ¿Qué diablos me pasaba? "Esta mujer me está hechizando, ahora es mi turno." Pensé en Miguelina, yo temblaba, me faltaba el aliento, y ella se daba cuenta porque sus encías también palpitaban junto a mi piel. Esta jardinera repulsiva se mantenía impávida a escasos

diez centímetros de mi persona, olía a sangre y nada ni nadie me había intranquilizado tanto como ella. A pesar de lo inesperado de mi situación, me mantenía sin pestañear bajo su escrutinio.

* * *

Mi casa es sólida y lógica, porque soy una mujer práctica que no se anda con contemplaciones. Vivo al día, de frente a la realidad. Hago lo que me toca hacer. Cumplo. Sin embargo, la presencia matutina de la Coatlicue cambió mi modo de apreciar la casa: me pareció pequeña, accidental, prescindible, bajo un cielo cada vez más alto y amplio en el que parecía haber sólo un pájaro que ascendía. Entonces lo intuí. Desde que la Coatlicue había entrado en nuestras vidas, los pájaros ya no cantaban al amanecer. Todos nuestros sentimientos, todas nuestras sensaciones nos erizaban la piel. Como el pájaro en el cielo, empezó a ascender la temperatura de nuestras emociones, vivíamos al rojo vivo como sus encías. Yo, que raramente perdía el control e incluso tengo que hacer un esfuerzo para enojarme (y entonces siento como si estuviera actuando), ahora hervía al menor contacto de una mano encima de la mía, miraba tras de mí y me sobresaltaba de no encontrar a mi perseguidor.

Perdía pie, perdía mi sólida confianza, descubría en los rincones cosas que jamás había visto antes. Una piedrita verde jade amaneció en el borde de la ventana. Miguelina dijo: "Antes no estaba". A punto de conciliar el sueño, una pluma cayó sobre mis labios. Prendí la luz. La pluma también era verde y no provenía de la almohada. Al día siguiente, le pregunté a Miguelina por el alto plumero de limpiar plafones. "Son de gallina negra", informó. Todas mis ideas se hicieron no verdes (ojalá y eso hubiera pasado) sino endeables, como la pluma.

La fiebre se posesionó de mi cerebro, de mis manos. Iniciaba tareas que inmediatamente canjeaba por otras, decidía que salir era imperativo pero volvía a sentarme exhausta; lle-

vaba en la mano llaves, las perdía, y aparecían en el sitio más inverosímil; se me rompían las uñas; sin motivo rodaban lagrimones de mis ojos; recibía un mensaje telefónico urgente, me disponía a responder y se borraba de mi memoria. ¿Qué alimaña ponzoñosa me había picado? Algo hermosamente repugnante nacía dentro de mí, como un arbolito de roja fiereza que no podía bosquejar ni definir.

Miguelina crecía ante mis ojos al contarme lo que sabía de Coatlicue. Empecé a creer más en sus cuentos que en mi propia cordura. Su confidente había trabajado en Catedral, pero no en la de ahora, sino en el templo mayor de antes. También allí barría plaza y escalinatas, cuando vio caer del cielo una bolita de plumas, muy suavcita, la metió entre sus dos pechos. Al buscarla, supo que estaba embarazada. Oyendo a Miguelina recordé la nocturna pluma verde sobre mis labios. La coincidencia me atemorizó. No creo en concepciones immaculadas, pero de inmediato me llevé las manos al bajo vientre para protegerlo.

-Yo por mí los mataba a todos -oí una mañana a la jardinera decirle a Miguelina y las interrumpí.

-¿A quiénes mataría?

-A mis hijos.

-¿Cómo puede decir semejante salvajada?

-Los parí. Son míos. Puedo matarlos cuando quiera. Todos los paridos tenemos que morir.

Sus ojos brillaban rojos en la penumbra.

Quise tranquilizarme. Las conversaciones entre la jardinera y mi muchacha, provenían de una mentalidad prelógica, anterior a mi cartesianismo. Al mismo tiempo, había en ellas algo terrible que evidenciaba mis propias limitaciones, yo estaba incapacitada para lo sobrenatural. Lo que yo escuchaba adquiría un aspecto bestial e inesperado porque lo asimilaba mi status burgués, mi desarraigo, yo, descendiente de catedrales medievales y santos de cantera. Alguna vez había declarado que lo prehispánico me era ajeno. "Las catedrales europeas tienen gárgolas, nadie sabe quiénes las esculpieron, a lo mejor eran locos o criminales", alegó Luis. "Sí, pero puedo recono-

cerme en ellas –respondí acremente–, en cambio nada tengo que ver con Huitzilopoztli.” “¿Acaso sabes tú, Marcela, lo que sucedió mil años antes de Jesucristo, tres mil años antes de la Conquista en 1521? ¡Vamos, Marcela, no nos vengas con tu superioridad europeizante, porque ya ni francesa eres. Tu tradición quedó enterrada en los Campos Elíseos!”

Aunque Luis era el más obsesivo creador de rutinas que pueda concebirse, era mi gran amigo. Recurría a él tanto a principio de año para pagar el predial como a fin de año para saber qué marca de automóvil comprar. “¿Qué haría sin ti?”, inquiría yo y él se inclinaba halagado. Habíamos sido amantes, pero un día dejamos de serlo sin gritos ni aspavientos. Él era un solitario, la compañía de sus libros le bastaba. Seguramente pensó que la ruptura lo hacía ganar tiempo para su trabajo. “Los asuntos del corazón se comen las horas”, lo escuché decir alguna vez. Para mí fue tan fácil dejar de verlo como ir a poner una carta al correo, creo que más porque él no puso ninguna objeción. Desde entonces nos veíamos con gusto porque compartíamos la misma afición: la historia. Tampoco él me extrañaba porque su última obra lo absorbía, pero yo siempre podía acudir a su buen sentido y respondía con la misma sonrisa un poco desencantada a la más peregrina de mis demandas. En realidad yo lo cansaba con mi fogosidad y mi entrega a causas en las que él no creía. “Estamos envueltos en grandes diseños que no manejamos, es a lo único que pertenecemos, no te agites tanto, Marcela.” Mi vida sin él adquirió otro ritmo, hasta recuperé ímpetus olvidados, volví a los baños de multitud, asistí a las manifestaciones de protesta, caminé del Ángel al Zócalo, me “involucré” (¡horrible palabra, según Luis!), pero ahora, desde la aparición de la Coatlicue, me disgustaba lo que yo era, insegura, echada a un lado, llena de furia sorda contra Miguelina y la jardinera. Al mismo tiempo, el deseo inmenso de tomar a la jardinera en mis brazos, desplazar a Miguelina, me atosigaba de día y de noche. Qué fácil dejarse vencer y escoger algo opuesto a mi vida entera. Me atemorizaba mi propia dualidad porque sospechaba, para colmo, que Coatlicue me

sitiaba, subía subrepticamente a hurgar entre mis cosas, sabía exactamente dónde encontrarlas, cuando yo jamás le había dado acceso a mi intimidad. Yo tenía el poder de correrla y lo único que deseaba era cuidarla hasta el final de sus días; pero a lo mejor esto no sucedería, a lo mejor se voltearían los papeles y ella me despediría a mí de la vida, me pondría de patitas en la calle de la Amargura. ¿No estaba ya adueñándose de la casa? ¿Y de la mente de Miguelina?

* * *

Volvió a imponerse al llevarme un domingo a una fiesta de pueblo. Le pedí a Luis que me acompañara no sin comunicarle mis agravios contra Coatli. “Tú le abriste la puerta, tú te buscaste el problema. Pero tengo curiosidad de conocer a tu nueva torturadora.” Durante el trayecto volvió a decirme irónico: “A ver qué precio pagas por este error”. “¿Qué error?” “El de la Coatlicue.” “¿Ah sí? ¿Y qué otros errores he cometido?” “El de dejarme, por ejemplo”, respondió con una sonrisa y su simpatía le quitó importancia a sus palabras.

A la hora, llegamos a un baldío en el que ni siquiera vi un huizache y sí postes improvisados y una estruendosa sinfonola. Muchos hombres esperaban a las mujeres rascándose las verijas recargados en esos postes de concreto. Entre ellos, Miguelina reía tontamente tapándose la boca. La Coatlicue, diligente, atendía las mesas en las que había pilas y pilas de tortillas. “Se van a enfriar”, pensé. Corrían ríos de pulque curado de apio, curado de fresa, curado de guayaba, curado de ajo, o sea de ajodido, explicó la Coatlicue, porque se acabó el dinero. Tomé del de guayaba porque el olor de la guayaba va más allá del asco, y tragué rápidamente la baba nauseabunda. Al primero siguió un segundo vaso. Desde mi embriaguez noté que los cubiertos se convertían en un río de cuchillos como en el mural de Orozco. Busqué los ojos de Luis. Tenía buena relación con sus compañeros de mesa, me hizo un gesto amistoso con la mano. La sinfonola tocaba y todos empezaron a corear meciéndose de un lado a otro.

Para mí, sólo para mí, en mi "meritito honor", así lo anunció la Coatlicue, bailarí la danza del parto y se abrió de piernas acuclillándose como si fuera a orinar para luego ponerse de pie y mirarnos desafiante, pétrea, obscena. Segundos después inició su danza, en un trance, que fue contagiando a todos. Miguelina estaba irreconocible. La tierra misma me pareció más oscura; un gigantesco asteroide la había golpeado. También yo sacudía mi humanidad, éramos meteoros, me dolían atrocemente los huesos, las sienes a punto de estallar.

Vi entonces venir hacia mí un monolito decapitado, sin manos. Dos cabezas de serpiente que se amenazaban la una a la otra con los colmillos y varios chorros de sangre se desenroscaban como torcidas venas, caían en arroyos rojos sobre su torso. También de sus muñecas salían serpientes. Di un salto atrás. De su cintura hasta sus pies se movía un enjambre de serpientes ondulantes en torno a sus piernas de piedra negra. Otras serpientes salían de entre sus muslos. Los enormes pies tenían garras de ave de rapiña. El monolito, verdugo y víctima a la vez, no me perdía de vista, y ante mi espanto, por sus ojos pasó una sonrisa. Insinuante, víbora de sí misma, por poco tira la mesa.

-Por el sudor de las piedras y el alma de mis cuatrocientos hijos -dijo la Coatlicue, echando sangre por los ojos- vas a bailar conmigo.

Miguelina no estaba en ninguna parte. "¡Luis! -grité- ¡Luis!", pero nadie reaccionó. ¿Lo habrían matado antes que a mí? Luis, el servicial, el buena gente, Luis, ¿por qué no estás a mi lado? Me levanté, no era cuestión de huir o dar un paso en falso. Sentí que caía en una grieta. Ni un solo rayo de luz. De la mano de la Coatlicue, sucia de sangre, llegué hasta el centro de la tierra: "Diariamente devoro al sol, lo meto en mi vientre para parirlo de nuevo al día siguiente -la escuché decir-. Lo mismo hago con la luna y con todo cuanto existe. Tú también puedes hacerlo si no sueltas mi mano". "Yo no quiero parir -protesté- ni bajar más." "Te mostraré los trece cielos." Alcancé a pensar en Orfeo y Eurídice y en ese momento empecé a temblar.

La música de las chirimías, los teponaxtles, era cada vez más violenta y sanguinaria, los troncos ahuecados retumbaban en mis sienes. ¿Por qué había bebido ese maldito pulque? ¿O me habría envenenado la Coatlicue? Tenía que escapar y la única manera de hacerlo era usando mis piernas. Tenía el cuerpo cortado, me dolían las rodillas, los brazos a la altura de los codos, la espalda, un temblor inequívoco surgía de adentro. Escuché una oleada de carcajadas. ¿Qué estaba yo esperando? Seguramente toda la concurrencia veía mis desfiguros. Conseguí deslizar mi mano fuera de la de Coatlicue y eché a correr.

Cuando ya no escuché risas ni voces humanas ni el horrible sonido de las chirimías, caminé a buen paso. ¡Qué bueno que he caminado toda la vida! El pulque me hacía tropezar con las piedras, pero no disminuí la velocidad. La Coatlicue podía alcanzarme con su escoba de varas. Mi terror me volvía ciega y sorda y casi no veía el paisaje, aunque después de una buena hora me di cuenta que hierbas de un verde sucio, opacas y duras crecían entre mis pisadas. ¿O serían líquenes como en el principio del mundo? Mis pensamientos también avanzaban rápidamente. Iban y venían en un continuo clamor. Dialogaba con Luis, con mi madre, con mis amigos, intentaba explicarme lo que estaba yo haciendo, caminar, pero ¿a dónde? Reconstruía el pasado desde que llegué a México. ¿Por qué no permanecí al lado de Luis? Pendeja, pinche pendeja -me injurié.

Poco a poco mis ideas perdieron fuerza y se hizo el vacío. Seguí caminando aprisa y ahora sí empecé a sentir que un sudor frío corría por mi espalda, entre mis pechos. Era del ejercicio pero también del miedo. Había yo tomado algún camino, pero ¿cuál? Seguro el bueno de Luis me había seguido y me alcanzaría en algún recodo. Hasta me pareció oír su voz: "¡Marcela, Marcela! ¿Te has vuelto loca?" Me detuve un momento. Era mejor regresar pero en la tierra seca no aparecía un sendero. Empezaba a oscurecer y allá en el horizonte noté la luz diminuta de la primera estrella. "Va a caer la noche y yo en esta llanura. Tengo que encontrarme." Quise ahuyentar el miedo, abrí la boca para cantar: "Guadalajara en

un llano, México en una laguna”, pero de mi boca no salió sonido. ¿Tanto así me había paralizado el miedo? Entonces dije: “Mamá”, en voz alta y pude escuchar mi voz. Vaya, no quedé muda. Nadie en el horizonte, ni un perro flaco, nada. De pronto un zopilote bajó en círculos desde la altura sobre algún animal muerto. “Eso me va a pasar a mí.” El zopilote desapareció y lo extrañé. La luz en torno a mí estaba volviéndose morada, “Guadalajara en un llano, México en una laguna”. La idea de la persecución de la Coatlicue se había borrado ya de mi mente, pero también la razón por la cual me encontraba yo caminando.

Por fin, distinguí un mezquite, silueta de varas en la oscuridad. Lo agradecí como don del cielo y me acerqué a él. Tenía la boca muy seca y recordé que el alcohol siempre provoca una sed enorme. Me limpié con la manga el sudor de la frente y pensé con pena que orinaría a la sombra del mezquite. Pero ¿quién podía verme si no había un alma? Debía yo de estar muy lejos, pero ¿dónde? No creía que existieran las fuerzas del mal, pero ahora mi piel se erizaba ante la presencia de espíritus que querían destruirme. Era yo una intrusa y me lo iban a cobrar. Las peñas, la tierra, las piedras rechazaban todo lo humano. “Quieren acabar conmigo.” Y entonces me caí. Era fácil caerse en esta oscuridad pero me enojé conmigo misma.

En ese momento vi unas tiras plateadas brillar en el suelo con una luz verdosa, y me alegré porque pisaba suavemente. Debería descansar aquí un momento, pero no, ya lo haría en mi cama frente al ventanal que da al Parque Hundido. Entonces empecé a sentir que mis zapatos se hundían y escuché el splash, splash de mis pasos en el fango.

Quise retroceder y mi pie izquierdo desapareció hasta el tobillo. Lo liberé como pude y moví el derecho que también se perdió en el lodo. El aire ahora olía a humedad y me mal dije por no haberlo percibido antes. O quizá rechacé el olor porque me pareció feo. No tengo una sola experiencia del campo, soy una mujer de libros, imposible adivinar cuándo la tierra seca se vuelve lodo. No podía ni retroceder ni avanzar y me estaba hundiendo.

Traté de empujarme con los brazos pero sólo logré que el lodo llegara a mis pantorrillas. Intenté zafar primero una pierna, luego la otra, dejar los zapatos allá adentro y salir livianita sobre la punta de los pies. Los zapatos con agujetas pesaban y me jalaban. Me atenazó el pánico. El lodo subía ahora por encima de las rodillas y podía escuchar el mismo splash, splash, splash. De haberme quedado bajo el mezquite, no estaría en peligro, pero tuve miedo a la inmovilidad, a la gran noche y sus silencios. “¡Auxilio, auxilioooo!” Mi grito hizo que me hundiera otro poco. “¡Mamá!”, grité, “¡Mamáaaa!”, yo no merecía esta muerte, “¡Mamá, sálvame!” Lo único que podía hacer era gritar mientras me hundía. Mi voz se oía clara en la inmensidad. “¡Mamá, mamá, mamáaaa!” Mucho antes, mi abuela había llamado a su madre a la hora de la muerte y a mi propia madre le oí el grito más terrible que he escuchado jamás, cuando murió de veintiún años mi único hermano, un grito que la partió, grito cuchillo, grito final. Desde ese día ya no sería sino ese grito.

No es justo, me rebelé, no merezco morir así, no he hecho nada contra nadie, si acaso contra mí misma, mamáaa, sollozaba yo, y sin más hice lo único que no debía hacer, doblar las rodillas e hincarme. Si rezaba me salvaría, moqueaba, las lágrimas me impedían levantar la vista al cielo para buscar a Dios. De tanto luchar tenía los brazos cubiertos de lodo, la cara salpicada de lodo, las manos enlodadas, la razón enlodada. Si es que alguna vez fui yo, ya no recordaba quién era.

Ya no tenía más gritos adentro cuando oí el ladrido de un perro. Entonces recuperé el ánimo y volví a aullar: “¡Mamá, mamá, mamáaaa!”, y en ese momento oí claramente la voz de la Coatlicue que decía apremiante, “por aquí”. Las estrellas, la luz de la luna, todo daba vueltas en torno a mí. Llovía sangre. Oí otras voces y de pronto una lámpara eléctrica me iluminó. “Está aquí”, volví a escuchar. Entonces Luis, que traía un palo en la mano a modo de bastón, me lo tendió y me jaló. “No te vayas a caer tú también”, imploré entre sollozos. “Esto no es ningún pantano, es un mugre agujero”, me sonrió, aliviado. Y empezó a jalarme hacia arriba pero ya no tenía yo fuerzas.

La Coatlicue estaba a mi lado y pensé que el pantano iba a tragarla también. "Cuidado, cuidado", grité alarmada. Dos brazos pasaron sus manos debajo de mis axilas y me sacaron con facilidad. "Está toda cagada", dijo la voz infantil de Miguelina. Había yo caído en una de esas fosas en las que se fermentan desperdicios para abonar la tierra.

-Habrías podido salir con facilidad de este ridículo agujero -murmuró Luis.

La Coatlicue y su séquito me miraban como no me gusta que me miren. Parecían decir: "¡Qué loca extranjera!" Una mujer me pasó su rebozo. "Tápese, yo después lo lavo." Aguardaban a que llegara una pick up que me llevaría al lugar de la fiesta. Los demás regresarían a pie. El baile seguía en su apogeo. "Debes estar muerta", dijo Luis, "te pasó lo mismo que a Rosario Castellanos que fue a Acapulco sin saber nadar y en Caletilla se lanzó al seno del gran monstruo líquido. Nunca supo qué hizo con ella pero se sintió arrastrada a distancias incalculables, rodeada de tiburones hambrientos. Había llegado al límite de la asfixia cuando una mano humana le sacudió el hombro preguntándole qué le pasaba. Estaba retorciéndose en la arena rodeada de un público estupefacto."

-Eres cruel, Luis, no me encajes el puñal de mi ridiculez.

-No soy más cruel de lo que tú eres contigo misma. ¿Qué necesidad tenías de salir corriendo y dejar a la Coatlicue a media pista? Tienes una imaginación calenturienta. Se llama Emma Sánchez Pérez y piensa, con toda razón, que tú deliras. Le inventas apodos. Es una buena mujer, tú le atribuyes tus fantasías.

La voz de Luis hería mis oídos. Yo había estado a punto de morir y él no sólo ponía en entredicho mi sufrimiento, sino que me hacía sentir que toda mi vida era una equivocación.

-Luis -le dije-, quiero bañarme, vámonos, llévame a mi casa aunque ensucie tu automóvil.

En el tablado, la Coatlicue y Miguelina zapateaban, la fiesta seguía en grande. Luis se despidió con simpatía de sus nuevos amigos, fue hasta la tarima a devolver el rebozo y a advertirles a la jardinera y a la muchacha que nos íbamos.

Desde lejos, como a unaapestada, me dijeron adiós con la mano. El lodo sobre mi cuerpo se había secado y no respondí sino con monosílabos a los comentarios de Luis. Me estremecía de la vergüenza y la humillación. Aunque habían puesto un periódico en el asiento delantero, temía ensuciar el coche. Mi autocompasión subió a su punto más candente, pero cuando Luis dejó caer: "Han de haber pensado que todas las extranjeras están locas de remate", allí sí me entró rabia, no contra mí misma sino contra los de la fiesta. Si Luis no quería creerme, si Luis me lastimaba con tanta saña, con dejarlo de ver bastaba. "Gracias", le dije mientras él detenía la portezuela. En la regadera lloré tanto que por poco y me ahogo.

* * *

Amanecí molida y decidí mudarme y abandonar mi casa frente al Parque Hundido. Así la Coatlicue y Miguelina dejarían de torturarme. Que se fueran con Luis, los tres a la mierda. Como no quería verla ni mucho menos preguntarle a Miguelina cómo había terminado su cochina fiesta -por mí que se pudrieran todos-, decidí ir más temprano a la facultad y desayunar en la cafetería. Compré *El Universal* por su aviso de ocasión. La avenida Ámsterdam me gustaba, allí encontraría un departamento si fuese posible cercano a la casa de Juan Soriano o a la de Fernando Vallejo. Estas resoluciones me hicieron llevadera la mañana. "¿Buen fin de semana?", inquirían los colegas. "Muy bueno, más que bueno, descubrí muchas cosas", respondí con optimismo, aunque en el fondo sabía que nunca encontraría la paz con la que solía vivir antes de la llegada de la Coatlicue.

Elena Poniatowska
Tlapalería
Ediciones Era

Índice

Tlapalería	9
Las pachecas	19
La banca	39
El corazón de la alcachofa	51
Los bufalitos	57
Chocolate	71
Coatlícue	87
Canarios	101

Primera edición: 2003
ISBN: 968-411-564-4
DR © 2003, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente,
por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*